

Antonio Mejía Gutiérrez

*Luis Tejada, Sociólogo
de lo Cotidiano*

PRESENTACION

“Si ésta patria nuestra, éste pueblo nuestro tan merecedor de nuestra fe y de nuestra esperanza, tuviera unos cuantos hombres como Luis Tejada, el porvenir de Colombia sería más digno de Colombia”.

José Mar

Hay una Sociología de las grandes leyes, de los grandes fenómenos, de normas y de contenidos, de problemas y respuestas generales.

Y hay, también, una Sociología de los pequeños hechos, de las cosas anónimas —que no innombradas— de los aconteceres humildes, de los detalles diarios. Ha preocupado a pocas pero brillantísimas mentalidades, y hay mucho todavía por hacer en ella, en su sistematización, teorización y carta de ciudadanía científica (aunque nadie se ha atrevido a negar su utilidad): es la Sociología Cotidiana.

Se opone esa Sociología Cotidiana a la Sociología General o a alguna de las tantas especializaciones a que ha dado origen? Es una rama aparte o una nueva ciencia? Ni lo uno ni lo otro. Es, más bien, cuestión de método. La Sociología Cotidiana ofrece los elementos para que el estudioso, por medio de la inducción, llegue a observaciones, planteamientos, incógnitas y respuestas globales.

La Sociología Cotidiana es cuestión de procedimiento. Su importancia radica en que es un procedimiento vital. Reclama aquello que designan los entendidos como “l'esprit de finesse”, esto es, la sutileza, la agudeza para percibir los detalles, las relaciones escondidas, las cosas y los hechos que figuran como sin importancia, que no tienen el brillo de los grandes acontecimientos, ni la tragedia de los traumas notables, pero que son simplemente sustantivos.

A nadie escapa que es saludable considerar el papel de los pequeños grandes asuntos en el acontecer histórico, el papel de los detalles en la historia.

Por cuanto que los problemas del hombre y de su mundo no son solamente los de los grandes complejos, ni los que reclaman las grandes soluciones. Así como la historia no trata solamente de las huellas dejadas por un número de situaciones prominentes, es legítimo y vital estudiar los problemas diminutos, los en apariencia mínimos negocios, porque estos pequeños asuntos que conforman básicamente

la vida diaria —en la que la problemática social es más palpitante— están llenos de significación y valor. Ellos forman el “substratum” de los grandes aconteceres. Son gotas de agua y terroncitos de sal que, unidos, crean el inmenso océano de la sociedad.

La Sociología Cotidiana toma como objeto propio esa “pequeña y dolorosa historia”, armada con la que llamaremos la Filosofía del Detalle, para desentrañar las causas y los efectos de esas “cosas nimias y necesarias”: El gran campo diminuto de la ciencia social.

La vida social general es la acumulación de las representaciones y hechos cotidianos del individuo y de su vida privada.

Henri Lefebvre expresa en sus “Fundamentos para una Sociología de la Cotidianeidad” que un hecho importante y tal vez esencial en ella, es que está dominada por la lógica. Hecho que está dominado por el mundo de los objetos, por las preocupaciones de estabilidad efectiva. La Cotidianeidad se desenvuelve frente a los usos y las urgencias necesarios, inmediatos, ante los cuales debe responderse, también de inmediato, simplemente Sí o No. Que si bien es cierto que la sociedad global no cesa de consolidarse, o de tender hacia su consolidación, como una totalidad, no es menos cierto que al mismo tiempo aparecen el individuo y su vida privada como realidades.

Si se quiere estudiar los problemas de “tan palpitante actualidad” como las alienaciones, enajenaciones, traumas personales o generales, el mejor punto de partida es llegar hasta el hombre, llegar hasta la comunidad y sus más apremiantes exigencias, estilos, ropas, modos, gustos, actitudes. Y no precisamente con la regla de cálculo del estadístico, sino con la comprensión del filósofo.

Esta fue la visión y la actitud desplegada por el extraordinario personaje que trataremos de glosar en estas páginas: Luis Tejada Cano. Periodista, vagabundo, soñador, poeta, pensador ante todo. Si estas notas sirvieran como contribución a hacer justicia, o al menos sembraran la inquietud y el deseo de hacerla a quien constituye uno de nuestros más importantes y más olvidados hombres de letras —Luis Tejada Cano—, el que escribe se dará por más que satisfecho.

Antes que a los cenáculos literarios, a las tertulias oficiales o al impermeable mundillo de ciertos altos científicos de las letras, estos apuntes van dirigidos a la juventud de mi patria. Por cuanto que es la juventud, por su generosidad, por su ausencia de prejuicios y por

su aspiración y deber de crear nuevos y altos hechos y de construir la parte de historia que le corresponde, es la juventud, repito, la que puede entender mejor y amar más limpiamente la obra de éste que murió tan joven, de este Luis Tejada, el precursor, el fundador de la Sociología Cotidiana en Colombia.

Luis Tejada nace con el siglo. Y con toda la problemática que nace con él. Está rodeada su obra y su vida de todos los requerimientos vitales de nuestro medio en esos años. Los hombres y las generaciones que nacen en medio de una guerra o que se expresan en medio de ella, como resultado de ella, maduran más pronto que los hombres y las generaciones hijos de las treguas. Sus vivencias y juicios son más intensos, más padecidos, más humanos. La personalidad y obra del hombre es expresión de su experiencia organizada, acumulada y dispuesta de tal manera que responda ante sí y ante el mundo, creando, realizándose.

Cuando estos hombres y generaciones hijos de la guerra se desorientan, no hay fuerza humana ni divina (en el supuesto de que existan fuerzas divinas) que pueda solucionar o controlar ese caos individual y generacional. Pero si consiguieran encontrarse a sí mismos y a su destino, son los llamados a construir los grandes hechos, concebir las altas ideas y producir las más vivas manifestaciones humanas, artísticas, sociales.

Luis Tejada nace en medio de la guerra de los mil días, quizá la más típica expresión de lo que han sido nuestras guerras civiles. Se expresa en medio de la agitación que supone la primera guerra internacional. Y como si esto fuera poco, vivió el triunfo de la Revolución Popular que trajo como consecuencia el establecimiento del primer Estado socialista en el mundo: la Unión Soviética.

De aquí que su obra, si bien fue corta (como su vida) fue intensa, madura y honda. Con un sello de personalidad y originalidad pocas veces alcanzado por nuestros autores.

En una sociedad patriarcal como la antioqueña, se gestó y produjo el advenimiento del maestro. Fue en Barbosa, según unos, en Concepción, según otros (como les pasa a gran número de hombres importantes, son varias las ciudades que se disputan el honor de haber nacido su cuna). De todos modos, en Antioquia. Tenía que ser allí, en Antioquia, donde se produjera el nacimiento del maestro, pues ha

sido esa gente y esa comarca, genitora de los mejores impulsos nacionales.

Emparentado con familias de prestigio —social, intelectual y económico— Luis Tejada Cano fue un rebelde de sólida extracción burguesa. No es la primera vez —y esperamos que no será la última— en que las familias ilustres, influyentes, le proporcionan excelentes soldados a la causa popular.

El maestro fue un rebelde manso. De profundas convicciones políticas, no fue, sin embargo, un activista, un agitador violento, ya que fundamentalmente él era un humanista, un soñador, un poeta. Esto no lo hace menos importante ni menos significativo. Por el contrario, personifica vívidamente a nuestros intelectuales de izquierda. Sin ser, desde luego, uno de tántos: es su “tipo”, su paradigma. Nuestros intelectuales de izquierda aman la revolución, pero no la hacen; la esperan, pero no van hacia ella; defienden apasionadamente a los desposeídos pero gustan de la vida burguesa; elogian el trabajo, pero quisieran vivir sin trabajar. Para nuestros intelectuales de izquierda, el sistema imperante es su esposa; la revolución es su amante.

Pocos, poquísimos hombres de letras tan representativos como Tejada. Por sus virtudes múltiples y por sus humanísimas fallas. Y pocos también, tan olvidados.

Porque esa es una de las tremendas lacras de nuestra cultura, y en especial de ciertos sectores intelectuales jóvenes: desconocen o desprecian nuestros valores. Conocen al dedillo los evangelios del existencialismo francés, pero no leen a Fernando González. Hablan autoritariamente —que no autorizadamente— sobre las ideas de Luckács, pero desconocen al Indio Uribe. Saben cuántos muertos causaron ayer, los Estados Unidos a los guerrilleros y al pueblo del Viet-Nam, pero no se preocupan de cuántos colombianos murieron de hambre ese mismo día. Compran los libros de los Beatniks pero no han sentido la poesía de César Vallejo, el peruano universal, ni han gustado la de León de Greiff, el primer poeta de América. Aprenden todo lo relacionado con el complejo petrolero y las luchas de liberación en Oriente, y no quieren empaparse de las verdades y grandezas de la insurrección comunera de ayer y de hoy en el oriente colombiano. Esta es una de las tántas razones para que la nuestra sea una cultura forastera en su propio pueblo. Es como esos jóvenes —que

como Tejada— dejan su aldea y se van en busca de sueños y de suerte. Y cuando, muchos años más tarde, regresan a los “nativos lares”, ya nadie los conoce. Nuestra cultura es forastera, o porque ha emigrado en busca de mejor destino a otra parte, o porque la han traído de lejos. De todos modos, forastera. Pocos o ninguno la conocen. Excepcional el que cree en ella y la ama.

Luis Tejada fue uno de esos hombres excepcionales. Maestro de la pluma y de la vida. De la vida de todos los días, de los extraordinarios problemas y asuntos ordinarios.

No tuvo, para su obra, otro instrumento que la pluma. Pero tuvo en sus manos el gran laboratorio del mundo cotidiano. Su método fue la Crónica. Allí, en sus crónicas, plasmó sus impresiones, modeló sus ideas, prolongó su alma. Reunió muchas verdades para el uso de quienes vendrían después. Como escribía Mariano Moreno, “en política, como en matemáticas, el conjunto de muchas verdades produce casi siempre un uso útil”. Y el conjunto de las verdades de Tejada representa hoy un aporte extraordinario para los estudiosos de esa novedosa y maravillosa ciencia de la sociedad: la sociología.

Si bien es cierto que, como cronista, como depositario de los testimonios, como mensajero de aquello que nos ocurre a todos, todos los días, el maestro tuvo algunos antecedentes, no es menos cierto que él es muy superior al resto.

“El Carnero” de Rodríguez Freyle, es una muestra de literatura maliciosa, páginas para escandalizar cofradías de señoras piadosas, de escasa profundidad sicológica. La obra de Cordovez Moure, es un venero inexplotado de datos y de conflictos, pero no alcanza la agilidad, la agudeza, la penetración de la obra de Tejada. Y mucho menos su gran capacidad de síntesis. Tomás Calderón (“Mauricio”) el que escribió un libro llamado los “Sesenta Minutos” es, bueno, tal vez “Mauricio” sí es su igual. Su libro son los sesenta minutos mejor aprovechados del tiempo colombiano.

En todo caso —y particularmente en el que nos ocupa, el de la sociología cotidiana— Luis Tejada constituye la figura inicial, el mojón que señala la recepción e investigación del mensaje que a los hombres trae el sol, el gran asunto de cada día.

1. EL HOMBRE Y EL MEDIO, o la crónica de EL TRAJE AZUL y también de la LOCOMOTORA.

Luis Tejada creyó siempre que el hombre es superior a todos los problemas. Que su gran diferencia con los demás seres del cosmos, está en que crea su propio mundo, en que modifica el existente. El hombre es esencialmente creador.

Hablando de cómo el hombre contagia el medio de su presencia, nos entrega su bellísima crónica de EL TRAJE AZUL. Veía cómo su amada, dentro de un precioso traje azul, daba “el tono en derredor: como por un extraño mimetismo, todo lo que había en torno se hizo azul: luz, aire, senderos y hasta mi alma misma subordinóse obediente al matiz dominador de su traje y de sus ojos”; y continúa sus limpias elucubraciones sobre la influencia del traje en la personalidad del hombre mismo, y del traje como expresión, a su vez de esa misma personalidad. Es decir, que el traje es efecto y es causa de su misma causa: el hombre. Y sintetiza maravillosamente aquel asunto de las cosas tapadas, del hondo atractivo de las cosas por descubrir, de los misterios por dilucidar: “en realidad, en el traje residen toda la fuerza, todo el peligro, todo el misterio de la mujer. Desnuda, Oh enemiga! sólo eres un pobre ser prisionero y débil, un alma cándida y cristalina que no tiene nada qué esconder”. Con esta última parte, completa el ciclo: la tristeza y el tedio que embargan el alma humana después de poseer las cosas que tanto había apetecido antes. Tejada es, por tanto, un sicólogo afortunado en esta y en muchas de sus apreciaciones.

Ahora, mirando el asunto del hombre, creador por excelencia, el maestro dice: “A pesar de todo lo que se dice en favor de la sabiduría de la naturaleza, yo no creo que la naturaleza sea capaz de crear obras iguales en belleza y perfección a las que salen a veces de la mano del hombre”. “... en la obra del hombre hay cosas de una originalidad tan difícil y compleja, que la naturaleza no ha intentado siquiera imitarlas! Entre ellas está la locomotora...” Es este uno de los más claros apólogos a los instrumentos ideados por el hombre para su comodidad, comunicación y progreso. Un apólogo que no necesita de otros.

II. LA LUCHA POR LA PAZ o la crónica de LA CANCION DE LA BALA

A todos los hombres nos preocupa el problema de la paz, nos atemoriza la guerra y nos alegra la tranquilidad. Y en especial, a los hombres corrientes, al hombre de la calle. A ese hombre sencillo que le mereció al maestro sus consideraciones y sus páginas.

Cuando Tejada vivió, no se hablaba aún del átomo y de sus macabros menesteres bélicos. Pero, con su visión particular, con su genio específico, olfateó el peligro del avance desmesurado de la industria de la muerte y del mercado de la guerra.

“La civilización va a desaparecer víctima de una pequeña máquina hija de la civilización: el revólver”. Agudísima observación sobre los peligros que se cernirían más tarde (como lo vemos hoy) de la alocada carrera armamentista de los Estados.

Aunque el hombre que trabaja, el obrero anónimo, el ciudadano simple no tenga nada ni quiera ver nada con ello, así sean los que trabajan en la producción bélica: “Qué pensará el buen obrero de ojos sencillos, que habita probablemente en la casita blanca de arrabal y tiene tres niños retozones y una mujer alegre y sonrosada; qué pensará el buen obrero al forjar las balas en su taller?”

Como humanista, el maestro Tejada fue un cantor de la paz. Particularmente de la paz que dan las victorias honradas y no las capitulaciones deshonrosas.

III. LA DEFENSA DE LA AUTENTICIDAD o las crónicas de LA INTERPRETACION SENTIMENTAL DEL LIBRO, LOS QUE LLORAN EN EL TEATRO, LOS PERROS MUERTOS, LA MAL VESTIDA y EL HOMBRE QUE SE CASA

Es obvio que alguien de las calidades humanas de Tejada buscara y defendiera apasionadamente la autenticidad, combatiera la falsificación y desenmascarara la simulación.

En su "Interpretación sentimental del Libro", el maestro nos cuenta cómo escribió: "Un libro nuestro que aparece, no es como una muerte, como la muerte de un dulce ser amado, animado con el jugo de nuestras venas, y con la energía de nuestro espíritu? Habíamos ido haciendo ese libro en la mente con lentitud y con pasión, acumulando en él cada día una idea embriagante o una sensación singular, habíamos procurado infundir en él con el júbilo cruel del creador, el alma múltiple del universo, como la comprendemos y la sentimos, reduciendo a ligeras palabras —carne viva y sonrosada— la alegría y el dolor de las cosas... y el ínfimo espectáculo sonriente de la calle; le habíamos dedicado las vigilias febriles..." Es así como nacen las obras vitales, con tesón, con amor, con padecimiento.

La vida es para vivirla limpiamente, intensamente. No para prolongarla inútilmente. Por eso vivía Tejada páginas como ésta de "Los que Lloran en el Teatro". "Siempre me han causado una especie de envidiosa admiración los que lloran en el teatro; son bellas sensibilidades vírgenes que llegan a despojarse por completo de todo espíritu crítico, hundiéndose dentro del ambiente dramático, compenetrándose en él hasta el punto de tomar como una realidad verdadera la falsa realidad de la escena; sufren y gozan con los personajes, los aman, los odian, lamentan sus defectos y elogian sus cualidades..."

Es que es, precisamente, en la identificación con el drama de los demás, como nace la auténtica solidaridad social, la solidaridad humana, tan vilipendiada siempre y de la que tan necesitado está nuestro mundo.

Y hablando de solidaridad, nos encontramos con uno de los más afectuosos escritos de Tejada: la "Elegía a los perros muertos", elaborada a raíz de una disposición gubernamental de su época en la que se ordenaba dar muerte a cuanto perro se encontraba por la vía pública. Decía el maestro: "El asesinato de los perros urbanos es un gran crimen que está cometiendo la ciudad, y que tiene ya muchos hogares de duelo; en la casa estrecha del suburbio, el perro es una prolongación vital de la familia, una especie de segundo hijo menor mimado y regañado al mismo tiempo, que comparte íntimamente la vida en común y que posee una personalidad acentuada dentro del concierto familiar; se habla de él con naturalidad, se le tiene en cuenta, se le considera inconscientemente como a una débil persona que-

rida, sin voz pero con voto efectivo en las menudas decisiones del hogar; podría decirse que se acumula en él ese excedente de cariño que siempre existe vagamente y que es, quizá, el cariño que se iba a dedicar a los niños fracasados o que se tiene en potencia para los que no han nacido todavía o para los que no nacerán ya; el perro es, en esas casas reducidas de muy íntima y estrecha comunidad familiar, como un término medio entre el hijo menor y los futuros hijos, como una personificación anticipada de la probable descendencia”.

El cuadro no puede ser más completo, ni más agudas las anotaciones. Sirva de ejemplo a ciertos investigadores sociales de hoy, empatronadores de conciencias, estadígrafos de tragedias, censores de las apariencias, que llegan a una casa a realizar una encuesta y no observan nada: suman simplemente. Fechas, edades, hombres, niños, mujeres, cosas, casas, y luego confían en que el “genio” de la I.B.M. desentrañará toda la problemática vital de la familia encuestada.

Más tarde, en su crónica de “La Mal Vestida”, Tejada vuelve sobre el perro, sobre su significación en la vida del Hombre y de la Familia:

“El hombre es, en la naturaleza, el ser más hermético y más inaccesible; nunca nos da totalmente su alma; nunca logramos penetrar del todo hasta el fondo de su corazón misterioso. El perro, por ejemplo, desde el primer saludo cordial nos revela sinceramente lo que ha sido y lo que será, nos entrega de una vez y para siempre su ánima sencilla y cálida”.

En esta página, analiza el drama de la mujer sola de la calle, “la mal vestida”, del por qué anda así y del por qué fue y será de ella, de esa mujer anónima y trágica (la solterona, que es una de las grandes frustraciones que produce nuestro medio, de la mujer que fue vencida por las demás en la implacable caza de marido. Y que la sociedad no acoge ni el Estado habilita sino que es abandonada a su suerte y al escarnio amargo de las reuniones sociales). Para Tejada, esta mujer “tendrá una madre gruñona o unos hermanos desharrapados, o tal vez un hijo llorón y pedigüeño; ella misma preparará su desayuno, aplanchará la ropa... los tacones de sus zapatos están ya un poco torcidos y la mantilla, resobada, no hace pliegues rectos y crujientes como las telas nuevas”. He aquí una descripción

desnuda de ese gran asunto social nuéstro, tan descuidado por todos: la solterona. Porque a nuestra mujer, la sociedad solamente le ofrece una perspectiva para su realización: el matrimonio, fuera del cual, para la mujer sólo hay frustración y desesperanza.

Pero veníamos hablando de Tejada y su búsqueda y prédica de la autenticidad.

En su crónica de “El Hombre que se Casa” comenta el matrimonio de Anatole France con la señorita Emma Laprevotte: “Sin duda, no imaginábamos los admiradores de ese estupendo maestro del escepticismo, que al cabo del tiempo iría a concluir por creer en tantas cosas, incluso en el amor! Es cierto que France se convirtió en los últimos tiempos en apóstol fervoroso de ciertas ideas de redención social; cuando empezó a creer en el amor, ya M. France creía en el socialismo”.

Pues para Tejada el socialismo era eso simplemente: amor. Se explica, pues, la evolución del escritor francés. Pero se lamenta de que “no vale la pena pasar toda una vida por encima de las cosas, para meterse después dentro de ellas, con esa solemnidad aparatoso del que se casa o del que predica”. Es decir, no tiene sentido predicar contra el gobierno y después inclinarse ante él (como ciertos políticos de izquierda que todos conocemos), o reírse del amor y terminar teniendo una familia de diez hijos, abjurar del credo religioso oficial y llamar a cuello limpio a los curas en el lecho de muerte, no, eso no tiene sentido. Y si lo tiene, es de negación, de postración, de falta flagrante de autenticidad, de personalidad cierta, definida.

IV. ACERCA DE LA PROFESIONALIZACION DEL ARTISTA o la crónica de LO POETICO Y LO PROSAICO

Tradicionalmente se consideró que la vida heroica del literato, lleno de deudas, rodeado de privaciones, sitiado por las dificultades económicas, era la manera natural de vivir del hombre de letras. De un tiempo acá empezó a pensarse, a preocuparse en serio sobre la suerte económica de los artistas. Si éstos debían dedicarse por entero

al ejercicio artístico, percibiendo por ello, legítimamente, un estipendio razonable. Esto es, el arte como profesión, no solamente como afición, ocio o martirologio. La discusión no ha terminado todavía, pero quienes aseguran que el oficio artístico debe ser considerado como eso, como un oficio, como el del médico o el del carpintero, como el del maquinista o el hortelano, están apuntando a la realidad. El arte es fruto del trabajo, del trabajo simple. No de las pálidas musas del Olimpo.

A un hombre como el maestro Tejada no iba a escapársele un tema como éste:

“Los poetas están adquiriendo un concepto más general y más uniforme del universo; no han dejado sin duda, de ser sensibles al valor poético de la rosa, pero principian a ser sensibles al valor poético de la zanahoria; han comprendido, al fin, que todo en el mundo es algo poético, inclusive el dinero.

Y por qué no? En la realidad de la vida moderna el dinero es el sustituto equivalente de las varitas mágicas, tan poéticas! de los cuentos de hadas; con la misma maravillosa propiedad con que las varitas mágicas convertían a un patojo en príncipe o a una princesa en dragón, el dinero convierte una choza en castillo, un limpiabotas en millonario, o un poeta en comerciante”.

También para Tejada el artista debía dejar de ser, pues, ese personaje misterioso, enigmático, encasillado y encastillado, y tomar su puesto dentro de la realidad cruda, abierta, dura. Tomar su puesto de hombre en el mundo antes que nada, afirmar su sueño poético frente a la prosaica realidad total, no evadiéndose en la amargura ni en la holgazanería.

V. UN SIMBOLO FALICO DE AYER Y OTRO DE HOY o la crónica de EL HOMBRE SOBRE EL CABALLO

Si Luis Tejada hubiese conocido nuestra época —aunque previela— se habría referido al automóvil, muy especialmente, como símbolo fálico por excelencia de nuestra sociedad mercantilista. En efecto, el

automóvil es un factor de prestigio sexual, es un arma perforante, un instrumento irresistible en la lucha por la satisfacción sexual en nuestro tiempo. Qué mujer puede resistir al galán que la asedia desde su lustroso automóvil? Y heroico, sencillamente heroico el peatón que logra conquistar, desde el asfalto oscuro los favores de la dama de sus sueños!

En los años de Tejada (1898-1923) el vehículo era el caballo en nuestra organización entre colonial y republicana, en nuestra incipiente lucha por comunicarnos, por el establecimiento de las vías. De aquí que su crónica sobre este asunto de los medios de locomoción como símbolo fálico, no lo tratara él refiriéndose al automóvil, sino al caballo.

En su crónica de “El Hombre sobre el Caballo”, estampa sus apreciaciones, perfectamente válidas para nuestra época si sustituímos el término “caballo” por el de “automóvil”.

Decía el maestro: “Desde cierto punto de vista no podría reprocharse el gusto de esa nieta de Rockefeller que acaba de casarse en Londres con su maestro de equitación, ni el de la princesa Yolanda que prefirió, entre muchos, al Conde Di Bérgolo, cuyo único prestigio consiste en ser el mejor jinete de Europa.

La nieta de Rockefeller y la princesa Yolanda tienen razón y la tienen también las innumerables mujeres que, desde el principio del mundo han sufrido la alucinación del jinete; el hombre que monta, el hombre sobre el caballo, el jinete, ese ser esbelto, de rodillas opri-mentes y ojo terrible...”.

Desde luego, salvadas las proporciones, la comparación es válida. Haciendo la observación necesaria de que el jinete era un personaje más humano, de calidades más específicas que las que se necesitan para conducir un coche. Es claro, el hombre sobre el caballo era un símbolo sexual más legítimo porque era más vital. Era el jinete quien dominaba el conjunto del romance. Ahora es el automóvil, no el conductor, quien se roba todo el espacio, quien ocupa los primeros planos en ese siempre viejo y siempre renovado montaje de la conquista sexual.

VI. LA RIDICULIZACION DE NUESTRO COMPLEJO DE INFERIORIDAD o la crónica sobre la ANTROPOFAGIA

No es de ahora que nosotros hemos padecido el complejo del "Sub". Subcultura, subhombres, subdesarrollados. Hasta en la dignidad misma. Y estamos así por culpa nuestra en el más alto porcentaje. Ha sido siempre, desde que somos nación, que nuestros complejos derivados del "sub", constituyen legión.

Tejada no quiso, tal vez, tratar este problema a fondo. Pero sí quiso ridiculizarlo, ironizar sobre él, hacer caricatura, que es una de las mejores y más amables maneras de hacerle ver a la gente sus defectos, sin traumatizarla.

Por eso andaba el maestro apuntando cosas y casos como éste: "Son muy raras ya dentro del aburrido panorama cotidiano, las noticias tan llenas de emoción, de color y de penetrante exotismo como ésta que nos comunican ayer de la Costa; en las llanuras semicivilizadas de Bolívar, los indios se comieron a dos comerciantes. Es decir, un caso de antropofagia con todos sus caracteres primitivos, como ya casi no se produce en el mundo. Para encontrar la descripción de una escena semejante tendríamos que recurrir a los viejos libros sabidos y resabidos de Julio Verne o a las arcaicas crónicas de Indias".

Y para que nosotros no nos avergonzemos de nuestros compatriotas caníbales, el maestro nos consuela:

"Sin embargo, no podría haber nada más lógico, más natural y hasta más conveniente que la antropofagia; ... Es indudable que la ciencia moderna va derivando fatalmente hacia ese concepto terapéutico, el más lógico y el más eficaz de todos; ya existe una cantidad considerable de elementos medicinales que no son sino extractos orgánicos que irán a robustecer las partes similares deterioradas o fatigadas de nuestro cuerpo... el jugo de las glándulas adrenales inyectado en el corazón revive a los asfixiados y resucita realmente a los niños que nacen muertos. Esas no son sino maneras científicas e indirectas de comerse uno a sus semejantes".

O sea, no nos avergonzemos de nuestra situación canibalesca. Miramos los problemas orgullosamente, para resolverlos con dignidad. Que si nosotros nos comemos a nuestros congéneres al natural, en Europa y en Gringolandia también se los comen, en píldoras!

VII. DEFENSA DE LOS OFICIOS HUMILDES o las crónicas de EL CARPINTERO y la del PESCADOR

En las ocupaciones que algunos consideran como prosaicas, desprovistas de contenido humano o filosófico, o por lo menos aburridas, está, genuinamente la raíz fundamental de la economía de la provisión a las necesidades de la sociedad, de la satisfacción de sus necesidades primeras, permanentes, inalienables.

Muchos han escrito sobre éstos oficios humildes y sobre éstos hombres qua laboran silenciosamente, en el anónimo taller, en la escondida parcela, para que a la élite no le falte nunca nada. Y lo hacen honradamente, con tenacidad, asimilando los rudos golpes de las urgencias cotidianas, generalmente sin saber y sin detenerse a pensar que están sirviendo el pan para el banquete de sus verdugos y regando las uvas para el festín de sus opresores.

A la pluma obrera y edificante del maestro no pasaría inadvertido éste venero de los sencillos quehaceres, y menos cuando es en ellos, entre nuestros artesanos, donde han encontrado refugio —siempre— las ideas de redención proletaria. En cualquier pueblo del país encontramos, aún en los más apartados, al zapatero, al sastre, al herrero y al talabartero militantes.

Pensaba Tejada: “Muchas veces me he puesto a pensar cómo es que Renán no fue carpintero; su filosofía discreta y ondulada, sin aristas ni púas hirientes, hubiera armonizado tan bien con el alma rústica de la madera, con el espíritu sutil y ligero de la viruta...” “... La carpintería debe ser una disciplina excelente para modelar el alma en el ideal de perfección de Marco Aurelio: la serenidad”. “Qué fuera de nosotros sin el buen carpintero...”.

Y le preocupaba también otro de los más bellos oficios humildes: el del pescador.

Consideraba que “hay una profesión llena de intensas alegrías y de pruebas duras, que cuadraría muy bien al filósofo pensativo: es la profesión del pescador”.

En verdad que la de Luis Tejada fue un alma selecta. Sólo a ése tipo de espíritus claros y enamorados de la vida de siempre, de la vida extraordinaria de cada día, les es dado apreciar, respetar, amar y por lo tanto comprender la especial significación y valía de los

trabajos humildes, de los que hacen la riqueza, la felicidad y la poesía de la sociedad.

Señores: poneos de pié! Hé aquí un colombiano sustantivo, un ser humano absoluto!

VIII. EVOLUCION Y DESTINO DEL HOMBRE o las crónicas de LA COLA Y LOS RETRATOS

En las épocas en que el hombre no sabe hacia dónde va, una de sus grandes preocupaciones es la de saber, por lo menos, de dónde viene. Y vuelve sus ojos hacia su pasado, sus antepasados, su genealogía. Creyendo que, tal vez, si se da cuenta de dónde viene, también podrá explicarse y definirse hacia dónde va.

El hombre es sustancialmente dinámico. Se mueve, permanentemente, en el tiempo, en el espacio, en sí mismo y sobre sí mismo.

Tejada lo consideraba así. Y como hombre de avanzada para su tiempo, (y lo es todavía para el nuestro!) creyó en la evolución del hombre, aunque ésto constituyera casi un sacrilegio frente a la sociedad. El se preguntaba: "Y el hombre? La falta, o mejor dicho, la perdida de la cola ha influido en él espiritualmente? Porque es innegable que el hombre tenía cola; cualquiera puede cerciorarse palpando con discreción los vestigios ancestrales de ese adminículo que llevaron, completo y móvil, nuestros abuelos remotos".

El hombre es la quintaesencia de la evolución cósmica. Si bien es cierto que el hombre ha evolucionado, no la ha hecho sólo. Toda la naturaleza ha evolucionado con él, tal vez ha evolucionado para auspiciar el devenir y la transformación humanos. Desde luego, es la más refinada de las producciones de la evolución general. Es su fruto más *distinto*. Por eso en Tejada: "Qué es lo que amamos en una mujer: lo que la asemeja a las otras mujeres o lo que la diferencia de ellas? ... todas las mujeres son distintas en la manera de mirar, en la manera de hablar, y en la manera de caminar. Sólo en éstas tres cosas, la mirada, la voz y el movimiento, se siente la personalidad propia, original y más o menos poderosa de la mujer, porque sólo éstas tres

cosas son eminentemente espirituales, puesto que tiene su génesis y reciben su impulso de ese misterioso depósito de fuerzas interiores, que es sin duda lo que queremos llamar alma".

Para Tejada la mudabilidad es infinita, y lo que distingue a los seres humanos de los demás seres y a los humanos entre sí, es la fuerza del movimiento, sobre todo de las fuerzas interiores, de su dinamismo y de la dirección y brillo que ésas energías internas puedan darle a nuestros pasos y a nuestra forma de mirar el mundo.

IX. LA REVOLUCION o las crónicas EL TRABAJO, LA GRAMATICA Y LA REVOLUCION, LENIN Y ORACION PARA QUE NO MUERA LENIN

Con la sensibilidad social, con el sentido humano de que era dueño Tejada, era poco menos que imposible que el maestro permaneciera indiferente ante los vientos del Este que azotaron al mundo cuando en el año de 1917 triunfó la Revolución Popular Rusa.

Con un grupo de amigos estableció en Bogotá una célula, un núcleo para estudiar las nuevas ideas revolucionarias. Desafortunadamente ese centro de inquietudes intelectuales (como tántos otros que se formaron en el país) tuvieron más de bohemia que de organización revolucionaria. Y la iniciativa rebelde nacional creada al calor de la revolución bolchevique se quedó atrancada en unas cuantas invocaciones a Sachka Yegulev, en odas a Stalin, en jeremiadas y en lamentos. Pero, después de todo y a pesar de todo era algo, un fermento, una emoción, un gesto. Podría habernos ido peor si nadie se ocupó de la Revolución de Octubre.

La pleamar revolucionaria despertó una nueva esperanza en todos los desposeídos del mundo que tuvieron noticia de ella y significó un alto estímulo moral e ideológico para los defensores del proletariado mundial.

Tejada dejó estampadas sus vivencias de la época, típicas de nuestros noctámbulos militantes:

"Oh, Parcas silenciosas, ya que lleváis en vuestros ágiles dedos los

hilos de la vida de los hombres detened un instante la tijera tremenda ante ese más puro, más fuerte y más bello que todos porque ese es Lenín, Nuestro Señor!

“...Sería imbécil decir que Lenin fue profeta a la manera de los cristianos empíricos, que dispersaron algunas vagas nociones de redención en el mundo. Lenín fue un profeta, pero fue todavía más que un profeta porque él mismo alcanzó a realizar una parte de sus profecías y dió los medios prácticos para realizarlas todas” “... no comparemos a éste hombre verdadero con ninguna sombra fantástica del pasado. Es el único salvador del mundo”.

Puede verse que la emoción embargaba a nuestro revolucionario. Y así debió sentir el espíritu rebelde de la época. Pero todo se fue en fiebre, en calor, en cartel. Faltó lo de siempre a la rebeldía nacional: rigor, método, disciplina, organización.

No obstante, de aquellas inquietudes quedaron algunos frutos intelectuales, para ser recogidos por la historia.

Tejada, en sus crónicas sobre “El Trabajo” y la “Gramática y la Revolución” deja fluir algunas ideas cardinales. Encuentra que el trabajo no es una maldición, sino algo que puede dignificar y enaltecer al hombre. Y comprende que el trabajo que aliena, que enajena, es el trabajo cuyo fruto no es gozado por el trabajador sino por quienes lo explotan.

Es ése trabajo el que “constituye el gran elemento degenerador de las razas. De las fábricas, de las oficinas, de las minas, de los laboratorios, de los bufetes, salen las legiones de neurasténicos, de miopes, de tuberculosos, de mancos, de locos, de raquílicos, de melancólicos, de histéricos, de tantas categorías de enfermos que llenan las ciudades modernas”.

Tejada esperaba y soñaba con que al trabajador y al trabajo se les hiciera justicia y confiaba en que en “el porvenir que se anuncia, traerá para los trabajadores una disminución del trabajo y un aumento proporcionado de paz...”.

En otros aspectos, como en el del lenguaje, Tejada fue claramente dialéctico, objetivo, realizaba el análisis concreto de los problemas concretos. Así, consideraba que, desafortunadamente “no hay peligro de que aquí prevalezca ahora la magnífica aspiración de Rojas Garrido, el último gran espíritu revolucionario que produjo éste suelo empo-

brecido prematuramente;". "...No puede eliminar la gramática, una generación que no tiene ideas nuevas, ni experimenta sensaciones nuevas; porque toda conjunción imprevista de palabras, que se salga de los moldes gramaticales, significa la existencia de una idea nueva....". "...Por eso en las épocas de intensa agitación espiritual, en los momentos de revolución, cuando todo se subvierte o se destruye, la gramática salta hecha pedazos, junto a las instituciones milenarias".

Y trae los ejemplos de Alejandro Blok, Serguey Esseim, Andrey Biely, Mayakovsky, todos los que determinaron el "Renacimiento Ruso".

Al mismo tiempo se lamenta el maestro de que "nuestra juventud siente una enfermiza afición a la gramática...." "...y es por incapacidad mental, por falta de inquietud espiritual, porque no sabemos ejercer con plenitud la libertad de pensamiento. Por eso nuestra literatura es la más retrasada, la menos inquieta, vigorosa y fecunda del continente".

Es como si escribiera para nuestros días. Hoy, cincuenta años después, estaremos tan mal, nuestra literatura tan estática y el ánima nacional tan conforme, que no hemos avanzado nada. O no hemos avanzado todo lo que debiéramos?

X. TEJADA, PRECURSOR DE LA NUEVA LITERATURA LATINOAMERICANA o las crónicas de LOS VERSOS, EN EL PUEBLO Y SOBRE EL AMOR Y LA BELLEZA

No sé si los abanderados de la nueva literatura latinoamericana conocerán la obra de Tejada. Por lo menos, debieran conocerla. En estilo, en temática, en precisión y vida, las páginas de Tejada constituyen, sépanlo o no, uno de sus más legítimos antecedentes. Por ejemplo: "En el Pueblo", de Tejada, poco o nada tiene que envidiarle a la última novelística (extraordinaria, humana, vital) de Vargas Llosa, de Juan Rulfo, de Cortázar, de Cepeda Samudio o de Mejía Vallejo.

Para Tejada, antes que el arte está la vida. Fue, como dicen ahora, un escritor comprometido. Comprometido con el partido de la vida, con el partido del hombre.

Reclamaba que los versos fueran "un poco desconuytados, pero vivos, y que vengan formados de palabras, no exóticas, sino simplemente imprevistas". Reclamaba, pues, la espontaneidad antes que el estiramiento tradicional; para él, el creador debe echar, en su obra, a la vida por delante y no dejarla atrás, o disfrazarla en la retórica.

También en el amor, como en el arte, Tejada estaba del lado, no de la belleza "horriblemente perfecta", sino del lado del magnetismo vital, de la fuerza de atracción real, de las energías elementales.

Por cuanto creía y vivía hondamente esa convicción, pudo decir bella y vivamente: "La belleza es una apariencia superficial, la inteligencia es un mero accidente; nada tienen que ver con el amor, fuerza misteriosa y esencial que viene y va por los cauces desconocidos de la vida".

Anduvo siempre del brazo de la espontaneidad, cimentó su escasa pero dramática producción sobre las cosas básicas. No escribía: hacía transfusiones de la vida hacia el papel. Y su mérito es mayor cada vez que recordemos que Tejada vivió, padeció y creó en una época en la que los "principios" establecidos eran, en política, la compenenda; en filosofía, la contemporización; en literatura y en artes, la extranjerización; en economía, la malversación; en religión, las supersticiones, y en todo caso, la mediocridad disfrazada de corrección y la falsificación, de cultura.

XI. LUIS TEJADA: PRECURSOR DE LA SOCIOLOGIA COTIDIANA EN COLOMBIA o las crónicas de BIOGRAFIA DE LA CORBATA, LOS CORDONES, LA ETICA DEL PANTALON; EL SOMBRENO, REFUGIO DEL ALMA, etc.

"El carácter complejo y distinto de las economías americanas, condiciona y exige la constitución de una ciencia sociológica americana, esencialmente americana".

Luis Eduardo Nieto Arteta

"... un procomún que, basado en los átomos o individuos, construyó el Estado como simple protección exterior de la propiedad..."

Hegel

“El sociólogo, en efecto, es objeto de la historia”.

Jean Paul Sartre

“La moral es una noción que concierne exclusivamente a los hombres; desde que una cosa empieza a parecer moral o inmoral es porque se ha humanizado profundamente”.

Luis Tejada

Tal vez el procedimiento más racional para estudiar al hombre es tomándolo dentro de su realidad cotidiana. Conociéndolo de esta manera es más objetivo lo que se pueda decir sobre su situación verdadera, sobre su evolución pasada y su transformación futura. Analizando al hombre así, hoy, y a través de los tiempos, estableciendo las relaciones recíprocas entre el hombre y sus congéneres, podremos establecer también las relaciones entre la sociedad, el hombre y la ciencia de la sociedad.

O como dice Sartre: “En realidad, el sociólogo y su “objeto” forman una pareja en la cual cada uno debe ser interpretado por el otro y cuya relación misma debe ser descifrada como un momento de la historia”.

Tejada debe ser interpretado por la sociedad como un momento de la historia; sus escritos, como un momento del pensamiento nacional, momento que se prolonga hasta hoy.

Cuando aquí decimos y afirmamos que Luis Tejada es el precursor de la Sociología Cotidiana en este país, cuando decimos que él miraba a la sociedad con ojos de sociólogo, con preocupación de investigador de la comunidad y de sus asuntos, no estamos haciendo una aseveración forzada, fruto de la imaginación afiebrada de un admirador del testimonio del maestro.

Porque, se nos dirá (¿con razón?) que para ser precursor, fundador o co-fundador de algo, hay que ser consciente de ello, darse cuenta de lo que se está haciendo, creando, despejando.

Pues el maestro fue un sociólogo docto. Que es mucho mejor que ser doctor. Oigámoslo:

“Si yo fuera a estudiar algún día, detenidamente como el tema lo merece, la psicología y LA SOCIOLOGIA DE LAS ROPAS (el subrayado es nuestro) tendría que dedicar un capítulo especialmente extenso al pantalón”.

Y escribió sobre el pantalón, sobre las ropas, sobre la corbata, sobre los menesteres diarios, sobre los negocios diarios, acerca de todo aquello que se ve en el pequeño gran asunto de la Sociología Cotidiana. Y lo hizo conscientemente:

“¿Por qué no hemos de dedicarle un pequeño capítulo a los zapatos? Estoy seguro de que los zapatos están colaborando en la modificación anatómica del hombre...”. Esto es, el maestro trataba los problemas, no aisladamente, sino relacionándolos, ligándolos a los demás problemas, a las consecuencias que podrían traer, a los efectos que podrían y pueden desatar esos factores que constituyen el medio ambiente diario, el escenario normal de la actividad social.

Desde luego que el maestro no agotó el tema. Por fortuna para el hombre, ningún tema ha sido agotado por nadie, porque si no, ¿qué sería de nosotros y de nuestro futuro progreso?

Pero lo trató con finura, con agudeza, con gracia, con humor y profundidad al mismo tiempo. Con finura, porque era un espíritu refinado; con agudeza, porque era un hombre de visión; con gracia, porque construyó su estilo personal; con humor, porque era un alma noble (los dictadores y los criminales no tienen sentido del humor); y con profundidad, porque era un filósofo, alguien que se sorprendía y se maravillaba con la vida y con sus incógnitas, y lo más maravilloso todavía, fue que avizoró ese mundo, que, por tan conocido, es tan olvidado de todos: el mundo cotidiano.

Por ejemplo, las observaciones del traje, de la influencia del traje en el carácter del hombre, la de los adminículos postizos en las niñas modernas; la humanización de las cosas que son usadas por el hombre; la psicología del hombre estudiada a través del sombrero que usa y de cómo lo usa; la conversación como terapéutica; la personalidad, en fin, de las gentes descifrada a través de su actitud frente a los actos mínimos y mecánicos “que aprendemos no se sabe cómo”.

Esta la gran importancia de Tejada como sociólogo, como psicólogo social, si se quiere. Pero de todas maneras, como hombre preocupado por la suerte de sus congéneres, de sus conciudadanos, de la sociedad y de la patria.

El campo está abierto. Adelante va el pensamiento fino y el comentario ágil de Tejada. ¿Qué mejor adalid podría pedir la juventud es-

tudiosa de estos tiempos, y particularmente la que se interesa por las disciplinas sociales?

El maestro se quejaba, mejor que preguntaba, alguna vez: “¿Cuándo podré escribir un largo libro minucioso sobre la psicología de las ropas?”. Tal vez presintió su muerte, absurdamente prematura. Lo que le insinuó la vida, la muerte le impidió realizarlo. Queda, pues, en manos de los jóvenes de ahora, de las generaciones que se forman, continuar y completar la obra intuída, iniciada por un compañero suyo: el joven Luis Tejada Cano.

Es a los jóvenes a quienes corresponde la tarea de estudiar esos factores que actúan en nuestra cultura y que son descuidados en alto grado, que pasan normalmente inadvertidos por el ojo inquisitivo tradicional y que jamás forman parte de los cálculos del investigador oficial.

Esto me recuerda una expresión, no de un revolucionario, sino de un burgués insospechable, el doctor Luis Ospina Vásquez. Hablando de Industria y Protección en Colombia, termina su libro diciendo: “Ya está bien avanzado el proceso de nuestra industrialización, ya es cosa sumamente difícil volver atrás; pero no podríamos decir con precisión y certeza razonables, en términos de nuestra vida económica o del conjunto de nuestro desarrollo, por qué seguimos ese camino, a dónde nos lleva, si nos conviene o si nos perjudica”.

Esto es válido para todos los campos de nuestra actividad nacional. Todos los procesos están demasiado avanzados. Es imposible volver atrás, porque la historia no retrocede. Toca a la juventud discernir por qué se sigue ese camino que estamos andando, a dónde va, si es el camino del error o de la verdad.

El problema es, pues, de caminos. Y de gentes que anden por ellos, con conciencia de a dónde van, por qué y si conviene o perjudica el tránsito por ellos.

BIBLIOGRAFIA

- TEJADA CANO, LUIS: "Libro de Crónicas". Ediciones Triángulo, Bogotá, D. E., 1961.
- LEFEBVRE, HENRI: "Critique de la Vie Cotidienne, Fondements d'une sociologie de la quotidienneté". Editions de L'Arche, París, 1962.
- LINTON, RALPH: "Cultura y Personalidad". Fondo de Cultura Económica, México. Buenos Aires, 1959.
- FREUD, SIGMUND: "Psicopatología de la Vida Cotidiana". Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- JARAMILLO GIRALDO, GABRIEL: "Estudios Históricos". Biblioteca de Autores Colombianos. Mineducación.
- SARTRE, JEAN PAUL: "Problemas de Método". Ediciones Estrategia, Bogotá, 1963.
- NIETO ARTETA, LUIS EDUARDO: "Economía y Cultura en la Historia de Colombia". Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1962.
- OSPINAS VÁSQUEZ, LUIS: "Industria y Protección en Colombia (1810-1930)". E. S. F., Medellín, 1955.
- COSTA PINTO, L. A.: "La Sociología del Cambio y el Cambio de la Sociología. Colección Ensayos", Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1963.